

La antropología es el nuevo humanismo.

Las incesantes fábricas de text-books que son las Universidades de los EE. UU. editan manuales de Antropología con sostenida prodigalidad demostrando así el prestigio que posee esta ciencia, cuyas aplicaciones bélicas, imperialistas o antioberistas son por cierto mucho menos prestigiosas aunque no por ello menos utilizadas por los cerebros del Pentágono o los capitanes de la industria. Si bien el talento de sus autores varía, los aludidos manuales se parecen bastante los unos a los otros y estaban didácticamente una serie estereotipada de nociones en capítulos igualmente titulados que se repiten, con leves diferencias en su contenido, *coast to coast*. Dicha fabricación en serie no significa que el pensamiento de todos los antropólogos norteamericanos sea monótono o poco original: el pequeño y atractivo *Mirror for Man* de C. Kluckhohn (traducido al español por el F. de C. Económica, México, en 1949) se encarga de demostrar lo contrario. Por otra parte, quien quiera enterarse de la pujanza creadora de la escuela estadounidense, particularmente en los aspectos que conciernen a la teoría de la cultura, puede consultar la *Historia de la Etnología* de R. Lowie (México, 1946), donde comprobará como la personalidad de F. Boas (un europeo) prohibió una serie de investigadores muy valiosos que a su vez fecundaron una tercera generación de epígonos —a la cual ya Lowie no se refiere por naturales razones cronológicas— que se inspiran en las ideas de Kroeber, Linton, Herscovits, Redfield y Benedict.

Este libro es un fiel exponente de la matemática y la eidética de dos representantes de la nueva generación (1). Se trata de un "texto elemental", como se apresuran a declarar de antemano sus autores, escrito con una sencillez que linda con la pobreza franciscana, sin la más leve carnadura metafórica, atendido solamente al hueso desnudo del dato concreto. Sus planteamientos claros, en cambio, como piensan el ascetismo del estilo y el poco vuelo del intelecto. Beals y Hoijer nos proporcionan en él un panorama accesible y satisfactorio de los fines, métodos, contenidos y divisiones de la Antropología en los EE. UU. que, empero, no debe extenderse a lo que es y significa la Antropología en el escenario mundial. La Ciencia del hombre y sus obras, un nuevo humanismo científico y no literario o artístico como su antecesor renacentista, reúne en un solo haz aquellas disciplinas biológicas y sociales que tienen al ser humano como actor protagonista. El hombre es un animal, por un lado, y un ser social, creador de cultura, por el otro. Esa bivalencia lo hace bastante distinto del antropoide eruido" y del "ángel caído", aunque se acerca más al primero que al segundo. La Antropología contemporánea, por otra parte, le da razón al aforismo de Goldenweiser (*Man is one, and civilization are many*) mientras que la de los primeros tiempos, inspirada en el espíritu etnocéntrico y progresista del siglo XIX, se encarnaba en el aforismo de Taylor (*Man is many, and civilization one*).

Los capítulos del libro que comentamos se estructuran de acuerdo a la división vigente en los EE. UU. entre Antropología Física y Antropología Cultural. La física estudia los aspectos genéticos, raciales y paleontológicos del hombre; la cultural sus objetivaciones materiales y espirituales, la parte del ambiente creada por una conducta social aprendida, la segunda naturaleza fabricada por su evolución histórica y su actividad de *Homo geographicus*. Al tratar las distintas alternativas del diálogo entre el ser y el quehacer del hombre, cuya pureza más o menos original se preserva en las comunidades prealfabetas —la sociología sustituye a la Etnología o Antropología Cultural en el estudio de las comunidades civilizadas— los autores reparten la materia del libro en los apartados ya tradicionales: seis capítulos dedicados a la Antropología Física y catorce a la Cultural, basada en las aportaciones de la Arqueología (confundida aquí con la prehistoria, lo que no es exacto), la Etnología y la Lingüística. Deben señalarse especialmente las ilustraciones de la Dra. V. More Roediger, muy correctas, que contribuyen merced a su dibujo preciso, esencial, a esclarecer las explicaciones del texto.

El balance definitivo de la obra, pese a

ESCRIBEN: Eduardo Galeana, Washington Lockhart, Angel Rama, Daniel Vidart.

sus dogmatismos de escuela y a sus desarrollos muy *terre-à-terre*, no es desfavorable. Concebida como un auxiliar introductorio, cumple a fondo la misión propuesta. No deja las nociones truncas. Desarrolla inteligentemente las teorías. Analiza los hechos con amplitud. En suma, inicia con solvencia a los neófitos en los temas antropológicos y al bien no los guía con intensidad virgiliana a través de los círculos concéntricos que conducen al núcleo filosófico de la Antropología, ya entrevisto por Kant e imprescindible como lazarillo cognoscitivo, les deja adivinar las orillas de un continente rico, complejo, problemático, que otros autores más profundos —Birket-Smith, Imbelloni, Biasutti, Montandon, Thurnwald, Aldradich y Dittmer, por ejemplo— le ayudarán a descubrir.

En cuanto a las carencias, dejando de lado las incorrecciones (leves) que afloran en el texto, queremos señalar dos. La primera se refiere a la parcialidad de la bibliografía. Está bien que se le recomienden al muchacho que se asoma recién a este tema los libros escritos por autores norteamericanos e ingleses, pero es absurdo y científicamente inadmisibles que apenas se mencionen al pasar, o se ignoren totalmente, figuras de significación universal que han hecho por el nacimiento y desarrollo de las ciencias antropológicas bastante más que la joven y brillante escuela estadounidense. La ciencia germana aparece en unas breves referencias a la escuela ciclo-cultural (Graebner, Koppers, Schmidt), pero se silencia la obra formidable de Martin, von Eickstedt, Bernatzik, Buschan, Menghin, Ratzel, Mühlmann, etc. A los franceses Durkheim, Mauss, Lévy-Bruhl, Lévi Straus, Leroi-Gourham, Breuil, Boule, Piveteau, ni se les cita. Y así quedan fuera de juego los italianos, los suecos, los rusos, los españoles, los mexicanos, como si la antropología hubiera descendido desde un *missile* celestial a los Departamentos universitarios estadounidenses.

El otro reproche se lo hacemos a los editores. ¿Por qué se escogió esta edición de 1953 (Macmillan) si hay una posterior, mejorada, de 1959? Hemos manejado las dos y preferimos, sin duda alguna, la última, que no sólo aumenta de 658 a 711 el número de páginas, sino que modifica en su integridad el planteamiento de la Antropología Física —eliminando de paso al falsificado *Eoanthropus Dawsoni*— y se pone al día en Antropología Cultural, agregando el Cap. IX, *Space, Time, and Culture*.

Al margen de estos reparos, el libro constituye una accesible herramienta de trabajo y, como los autores se contentan con ser modestamente correctos, su contribución merece ser destacada dentro de los límites de un saber vestibular.

BEALS, Ralph L. y HOIJER, Harry: INTRODUCCION A LA ANTROPOLOGIA. (Trad. de J. Martín). Aguilar, Madrid, 1963. 719 pp.